

ALEXANDRA ROMA

Un océano entre tú y yo

*Un océano
entre tú y yo*

Alexandra Roma

Esencia/Planeta

© Alexandra Roma, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: © Oleksandr Kotenko - Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición: marzo de 2015
ISBN: 978-84-08-13799-3
Depósito legal: B. 2.747-2015
Composición: Tiffitext, S. L.
Impresión y encuadernación: EGEDSA
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El sonido del despertador era una de las cosas que más exasperaba a Adriana, pese a que lo tenía programado con el clásico de Bon Jovi, *Always*, una de sus canciones favoritas, para mitigar el mal humor que le causaba que la arrancase del sueño. Intentaba adelantarse y levantarse sin necesidad de que llegara a sonar. Su estrategia era sencilla: dejaba la persiana subida del todo y esperaba que la claridad, como ocurría antaño, la fuese sacando de su estado somnoliento.

Miró el reloj de enormes números fosforescentes y vio que eran las siete de la mañana. Tal como suponía, las sábanas estaban tiradas en el suelo, hechas un revoltijo al lado de la cama. Cuando se acostaba inquieta, tenía la costumbre de rotar dormida de un lado a otro del colchón, hasta que deshacía la cama por completo, como si hubiese pasado un huracán. Y es que, en cierta medida, ella podía ser uno de ellos.

Todavía resonaba en su cabeza el eco de la acalorada discusión, de antemano perdida, que había mantenido sobre su nuevo escolta con Edelmiro, buscando el apoyo de alguna de las mujeres de la familia Sierra. Pero la estirada de Elvira, la hermana mayor, que seguía los pasos de su padre, hacía tiempo que había pedido tener uno, y la repipi de Olivia, la menor, parecía encantada con la ostentidad que supondría ir acompañada al instituto de un guardaespaldas. Por su parte, su madre, la zombie de Lidia, se había pasado con los *valiums* esa noche y estaba en su propia realidad alternativa.

Tras hacer la cama y devolver a la habitación el orden después del caos que ella misma había creado, se puso las mallas negras y el top deportivo, se recogió la larga melena castaño oscuro en una co-

leta alta y, tras calzarse, decidió salir a correr, para quemar adrenalina y calmarse en la medida de lo posible. Trataba de controlar su carácter y frenar al monstruo que estaba a punto de hacer su aparición.

Galicia era un paraíso impredecible. Una tierra salvaje que nada ni nadie dominaba y que cada día sorprendía con un clima que a veces te transportaba hasta islas Vírgenes y otras te lanzaba de cabeza en medio de una tormenta que presagiaba el fin del mundo. Adriana se asomó a la ventana para ver qué tiempo la esperaba esa mañana. La cristalera, que dominaba uno de los laterales del cuarto y daba paso a un estrecho balcón de piedra, tenía una de las mejores vistas del pazo. Su abuelo debió de subir hasta allí y ver cómo Vilagarcía, con su playa de arena fina y las montañas repletas de viviendas, se extendía a sus pies, para decidir gastar una ingente cantidad de dinero en aquella especie de mansión.

Pese a que el sol no había hecho aún su aparición, el cielo estaba despejado, lo que hacía presagiar un verano caluroso. Adriana se disponía a salir fuera y ponerse en marcha, cuando percibió un movimiento en la casa de los de seguridad, que ahora tenía más inquilinos. Era una edificación exterior en la que antaño habitaba el servicio doméstico, que ahora ellos no tenían ni se podían permitir. Con su propia cocina, cuarto de baño y cinco habitaciones, estaba situada en el jardín trasero, junto a una fuente rodeada de setos, que Lidia se esmeraba en podar formando figuras abstractas que no se parecían a nada que Adriana conociera.

La puerta de la casa pequeña se abrió y, desde donde ella estaba, vio que se trataba de Hugo. Si el chico la vio, no hizo ningún gesto que lo demostrara. Llevaba unos pantalones deportivos anchos por encima de la rodilla y una camiseta de manga corta blanca, que le daban un aspecto muy distinto del elegante y formal del traje, pero revelaban un cuerpo definido, musculoso y sexy. Adriana lo contempló de arriba abajo, impresionada por su buena condición física.

«Es tu niñera, la persona que te va a privar de tener intimidad»,

pensó, ahuyentando las instintivas fantasías que le habían surgido al imaginar las cosas que podría hacer con ese hombre.

Hugo fue directo al merendero y se agachó para estirar los músculos, ofreciendo a la espía, como se denominaba Adriana a sí misma después de acechar desde detrás de una cortina, una panorámica perfecta e impactante de su trasero. Una vez terminado el calentamiento, se agarró a la barra sobre la que extendían el toldo los días de verano y comenzó a hacer flexiones a un ritmo constante, quedando suspendido por encima del metal quince segundos en cada ejercicio.

Una parte de ella se habría quedado observando a su impuesto nuevo escolta, pero la práctica la avisó de que era la única oportunidad que tenía de salir a hurtadillas y poder correr sin su presencia. Se desplazó sigilosa hasta la puerta principal, ya que en la de atrás se toparía con Hugo. La cámara reaccionó a sus movimientos, cambiando de posición hasta enfocarla y ella, sonriéndole con suficiencia a Samuel o a Antonio, no sabía quién estaría a esas horas al otro lado, emprendió la marcha, dedicándoles una reverencia como despedida.

Ya iba a cantar victoria, cuando oyó el sonido de unos pasos detrás de ella. No quiso mirar, pero no tardó en comprobar que sus peores temores se hacían realidad. Hugo no tardó en alcanzarla y ponerse a su altura, obligándola a detenerse en seco.

—Buenos días, Adriana —la saludó con una sonrisa que a ella le permitió ver su dentadura y sus labios perfectos, un gesto que pretendía ser un ofrecimiento de paz después de su primer encuentro.

—Buenos días, Hugo —le devolvió el saludo con fingida cordialidad—. Una carrera rápida y cuando regrese ya puedes convertirme en mi sombra el resto de la mañana. —Trató de sonar autoritaria.

—Te acompaño.

—No es necesario. Como te digo, será sólo media hora de ejercicio para despejarme.

—Insisto.

Pese a que trataba de sonar amable, Adriana supo que no tenía alternativa. Hugo no le estaba consultando, sino informando. Él tenía el control y el mando. Una prueba de cómo iba a ser su vida a partir del momento en que chocó con él al caer del muro.

—Es más —continuó el joven—, me gustaría que me comunicases tus rutinas para poder elaborar el plan de trabajo de aquí en adelante.

—Eso es complicado. No soy una mujer de hábitos y menos cuando estoy de vacaciones.

Era cierto. Los días que trabajaba en la biblioteca pública de Vilagarcía de Arousa, cumplía los horarios, pero durante «su mes», como llamaba a los días libres en verano, no quería programarse la agenda. Le gustaba pensar que cada mañana era como el inicio de una nueva historia, un «Érase una vez» que sabía cómo empezaba pero nunca el final.

—Por ejemplo —prosiguió—, no todos los días salgo a hacer deporte. Sólo cuando estoy de mal humor y quiero quemar el exceso de energías para no pagarla con otros. —Lanzó la indirecta. Hugo encajó el golpe a la perfección, asintiendo con una media sonrisa divertida que se le escapaba por la comisura de los labios—. Pero no siempre soy como una gata arisca que araña a la mínima, a veces dicen que incluso desprendo dulzura —añadió, enterrando por el momento el hacha de guerra, consciente de que aquel hombre sólo hacía su trabajo y ella se estaba comportando como la adolescente rebelde que había dejado de ser años atrás.

—Me alegra saber ese dato, ya empezaba a temer por mi integridad física. Y eso, para un experto en las peleas cuerpo a cuerpo es bastante frustrante. —Le devolvió la broma de manera cordial—. Después de la conversación con tu padre, entiendo que tener un guardaespaldas no entra dentro de tus deseos ni de tus prioridades.

—¿Nos oíste? —preguntó avergonzada, mientras tomaba nota mental: hablar en gallego cuando no quisiera que Hugo se enterase.

—Habría que estar sordo para no hacerlo —contestó neutro—. La mayoría de las personas se sienten a salvo, y es natural, pero hay una amenaza real. Créeme cuando te digo que, si no, no me habrían llamado. No pretendo interferir en tu vida ni en tu intimidad, ésa no es mi función. Mi tarea es conseguir que nadie te haga daño, siendo tu parachoques, tu escudo humano o tu salvavidas, lo que necesites en cada momento. Pero ya que debo ponerme en riesgo por una persona, en este caso tú, con la que ni siquiera he cruzado más de un par de palabras, lo único que te pido es que hagas caso a mis indicaciones.

—No sé si tenías el discurso ensayado u os lo enseñan en la academia de policía, pero si es de cosecha propia es muy bueno. Te escucho.

—Cuando salgamos a correr, no siempre vamos a recorrer la misma ruta. Piensa un nuevo itinerario, ¿te parece bien? —Adriana asintió. Si algo tenía de bueno vivir rodeada de montañas eran los numerosos senderos que podía utilizar—. No camines por el borde de la calzada si hay algún tramo en el que pueden circular vehículos y avancemos en sentido contrario a la marcha, ¿te parecen aceptables estas pautas?

—Sí, pero tengo dos cosas que añadir. Por favor, no seas paranoico y me tires al suelo, disparando una bala al aire si ves un movimiento en la linde del camino. Estamos en las entrañas del bosque y nos podemos encontrar roedores, ciervos y terribles vacas que a veces se escapan y vagan solas.

Sonrió divertida, dando rienda suelta a su vena peliculera. De nuevo estaba de buen humor.

Sus amigas siempre le decían que era una montaña rusa de sentimientos, capaz de pasar de la felicidad más absoluta a la desdicha más lastimera en el transcurso de un segundo.

—También debo advertirte de que soy bastante rápida. He ganado la carrera de la Universidad de Coruña durante los cinco años que estuve allí estudiando, así que te aconsejo que me avises si debo

bajar el ritmo para que me alcances. Nadie quiere que acabes sin poder mover las piernas en tu primera semana.

—Tomo nota de los dos consejos, Adriana.

Un poco más animada y optimista emprendió la marcha seguida a una distancia prudencial por Hugo. Correr siempre la ayudaba a pensar, pero por una vez estaba más entretenida volviéndose para comprobar si el hombre le seguía el ritmo, que analizando los engranajes de su vida. Estaba segura de que esos metros de separación estaban estipulados y de que la distancia que Hugo dejaba entre ambos debía de estar escrita en un manual. Experimentó reduciendo la velocidad de la carrera y aumentándola mientras él la imitaba, confirmando sus sospechas.

Tras una ducha de agua fría que le ayudó a desentumecer los músculos, se puso unos shorts blancos y una camiseta de tirantes azul celeste. Tenía que aprovechar la tregua que les había dado el tiempo, anunciando un verano que prometía ser caluroso.

En la puerta, contemplando el *cruceiro* que presidía la entrada, estaba Hugo, ya con su uniforme puesto, traje oscuro con corbata negra y camisa blanca. Adriana descendió la escalinata de piedra gris y fue directa a su coche, un escarabajo biplaza de color blanco y techo negro.

—Hoy te voy a llevar a uno de mis lugares favoritos —anunció, segura de que él seguía sus pasos, sin necesidad de mirarlo.

—Estaré encantado de visitarlo si me dejas las llaves.

—Nadie conduce a mi pequeño —dijo a la defensiva, volviéndose.

—No me opondré, siempre y cuando primero me cerciore de que es seguro.

Poniendo los ojos en blanco ante esas extremadas medidas de seguridad, Adriana le dio el llavero.

—Voy a comprobar que no haya paquetes adosados debajo —le explicó, mientras se agachaba y miraba con un espejo para cerciorarse de que en los bajos no había ninguna amenaza—. No han forza-

do las puertas. —Se aseguró de revisar la del piloto y el copiloto—. Tampoco el capó. —Lo cerró de golpe—. Y ahora un vistazo rápido al interior y nos podremos marchar. —Revisó los asientos, la parte inferior y el relleno, para pasar después al salpicadero, la caja de mandos y los pedales—. Nada está manipulado.

—Si esperabas encontrar algo, es porque menosprecias la capacidad de las decenas de cámaras que Samuel y Antonio han colocado en los lugares más insospechados de este jardín...

—Peores cosas he visto.

Hugo salió del coche para cederle el puesto de conductora a Adriana y se sentó en el asiento del copiloto.

—¿Tendremos que repetir este ritual todas las veces que coja a mi pequeño? No lo digo con acritud, pero si es así, tendré que salir con cinco minutos de antelación para poder llegar puntual a mis citas.

Encendió el motor, puso el coche en marcha y fue a abrir las ventanillas.

—Me temo que tienen que ir cerradas —comentó él y Adriana frenó de golpe.

—Creo que debes reconsiderar tus palabras. El aire acondicionado se estropeó hace algo más de un año y pasarás de estar en una sauna a un congelador según el día. —Esperó que Hugo cambiase de opinión después de conocer esa información, pero no lo hizo. No era nada permisivo con lo de incumplir el reglamento—. ¿Algo más? —añadió con voz cansada, cediendo para poder largarse del pazo cuanto antes.

—Las puertas con el seguro puesto y trata de evitar las retenciones.

—Esto no es tu ciudad, Madrid, aquí las caravanas kilométricas no existen —contestó, reanudando la marcha.

—¿Por qué supones que soy madrileño? —preguntó él, mientras se colocaba unas discretas gafas de sol y salían de la finca.

Adriana siempre había pensado que los hombres estaban más guapos con ese complemento y, viendo a Hugo, tuvo la prueba vi-

sual de que llevaba razón. Si de normal el chico ya era muy atractivo, con las gafas y aquella pose desenfadada estaba irresistible.

—Por el mismo motivo que tú sabrías que soy gallega en cualquier punto de España. Os creéis que no, pero vosotros tenéis mulettas, acento y estáis cargados de tópicos... ¿Me equivoco o eres de la capital?

—Madrileño, nacido y criado entre sus calles —respondió Hugo en guardia, mirando por los retrovisores sin parar durante el trayecto, cada vez que aparecía un nuevo vehículo.

El aparcamiento del puerto deportivo estaba prácticamente vacío y Adriana lo agradeció inmensamente. Pese a tener el carnet de conducir desde hacía casi una década, estacionar seguía siendo su punto débil y solía dar vueltas hasta encontrar un espacio del doble del tamaño de su escarabajo, para dejarlo sin problemas, evitando rayar coches ajenos. Y encontrar el hueco perfecto cuando las familias paseaban por el parque Miguel Hernández, disfrutaban de alguna película veraniega en los Gran Arousa u observaban la ría desde el muelle de los pasajeros, solía ser misión imposible, pero esa mañana aparentemente la suerte estaba de su parte.

Apagó el motor y, antes de que le diese tiempo a abrir su puerta, ya estaba allí Hugo, sujetándosela como todo un caballero de los de capa y espada, que Adriana dudaba que existiesen fuera de los libros de caballería, a no ser que estuvieran un poco locos, como en *Don Quijote*.

El ambiente de la ría de Arousa, con su olor salado y su sonido particular, lleno del chillido de las gaviotas, invadió a Adriana, que, sintiéndose en casa, caminó directa a su objetivo. Muchas veces se había planteado emprender aventuras y dejar Galicia atrás. Recorrer el mundo hasta establecerse en un lugar del que se enamorara. No sabía cómo sería éste, pero estaba segura de que el océano bañaría su costa. Era un lujo sin el que se negaba a vivir.

Diferentes navíos de todas las tonalidades flotaban sobre el agua cristalina, regalando a la imagen un juego de colores que se refleja-

ban sobre la superficie transparente. Había desde pequeñas barcas que los habitantes usaban para pasar las tardes de los domingos, hasta grandes embarcaciones en las que los pescadores salían a faenar para luego vender el pescado fresco a primera hora en la lonja.

Atravesó el puerto hasta llegar al *Valiente Atlántico*, el yate herencia de su abuelo, que su padre podía mantener a duras penas, y cuyo nombre debía a dos niñas entusiasmadas que un 4 de diciembre recibieron el mejor regalo de cumpleaños. El casco era blanco con detalles de madera, una mezcla armoniosa de elegancia y diseño, y tenía tres alturas, dos interiores y una cubierta al aire libre.

—¿Es tuyo? —preguntó Hugo impresionado, al ver que Adriana se detenía en la entrada.

—Sí. Después del placaje que me hiciste anoche, pasará mucho tiempo hasta que intente invadir propiedades ajenas.

Antes de que Hugo pudiese decir nada, Adriana le tendió las llaves y esperó, mientras él comprobaba que no hubiese ninguna amenaza en su interior. Esta vez empleó más tiempo que en el coche, pero finalmente le indicó que podía subir, con un movimiento de brazo.

Adriana ascendió por la escalera de popa, que comunicaban con la primera planta, compuesta de un salón, una habitación, baño y cocina integrada en la cabina, y luego continuó subiendo hasta el segundo nivel, donde, al aire libre, había una mesa con un cómodo banco esquinero de madera.

Tomó asiento en uno de los laterales y observó cómo Hugo iba directo a la barandilla, en la que se apoyó, mirando el infinito.

—No me digas que estás mareado...

—Si me aturdiere este leve balanceo, no sería muy bueno en mi trabajo. Quería ver las vistas. No todos los días protejo a una chica que tiene en su poder un yate.

Se volvió, apoyándose de manera desenfadada. Los rayos del sol lo iluminaron por detrás y Adriana estuvo tentada de hundir las manos en su cabello y peinar con los dedos su rebelde pelo castaño.

—No te confundas e intentes pedirle a mi padre que te suba el sueldo. Fue un regalo y, en cualquier momento, veremos cómo cuelga en un lateral un cartel de «Se vende». Pero hasta que llegue ese fatídico día, lo disfrutaré como si fuera una millonaria cuya vida gira en torno a fiestas, coches deportivos y champán del caro.

El sol empezaba a pegar fuerte y Adriana se quitó la camiseta para coger un poco de color, quedándose con la parte de arriba de un biquini azul turquesa, como su camiseta, que sujetó debajo de su bolso para que no saliese volando con el aire. Ni la postura ni el gesto de Hugo variaron ante su descaro y se preguntó cómo la estaría observando detrás de sus gafas de sol. ¿Deseo, reproche o indiferencia? Una mirada siempre decía más que mil palabras.

—Si te apetece, puedes quitarte la chaqueta antes de que te dé una lipotimia, o sentarte. Te prometo que no parecerás menos profesional y seguirás resultando igual de imponente. Ningún terrorista se atreverá a atacarme porque estés cómodo.

—Estoy bien, gracias por el ofrecimiento —zanjó él el tema.

Adriana se encogió de hombros y buscó en el doble fondo de la mesa los papeles por los que se encontraban allí. Extendió los planos, manuales y el plan de empresa inacabado que la traía por el camino de la amargura. Pese a que todo el mundo daba por sentado que, después de licenciarse en Administración y Dirección de Empresas, dejaría su trabajo en la biblioteca para hacerse cargo de la contabilidad y la gestión de los viñedos, bateas y diferentes negocios de su familia, sus planes eran bastante diferentes.

Llevaba años dándole vueltas a la idea de abrir su propia clínica de desintoxicación. Ayudar a esos enfermos, pues así denominaba ella a los drogadictos, a encontrar de nuevo el rumbo en la vida. Su propósito no casaba con el de su padre, cuya lucha encarnizada se centraba en meter entre rejas a todas las personas que tenían contacto con la droga, ya fueran capos o meros consumidores que se mataban raya a raya. Comprendía que lo hacía para limpiar su nombre, pues su abuelo se vendió a la mafia y acabó sus días en prisión.

Pero el sueño de Adriana no era castigar, sino ofrecer una segunda oportunidad. Para ello, emplearía hasta el último euro que había ahorrado durante años de trabajos mal remunerados mientras estudiaba, y vacaciones detrás de una barra, sirviendo mariscadas y albariño a los turistas, soportando a Olivia quejarse todos los días de que perjudicaba la imagen de la familia.

Sabía que no era el momento. Llegaban las elecciones y enturbiaría la fama de su padre, o eso decía el jefe de campaña, que no les dejaba hacer ningún movimiento sin su consentimiento. Esperaría unos meses a que las urnas hablaran. Un período que le serviría para informarse de las ayudas que tenía que solicitar y los bancos en los que era más fácil que le diesen un crédito. Tenía el local, el proyecto, un objetivo y estaba cargada de buenas intenciones, ahora sólo le faltaba el dinero. Si quería cambiar el mundo, tenía que intentarlo.

Notó la presencia de Hugo a su espalda e instintivamente colocó el brazo encima de los planos, escondiendo su secreto.

—Tengo una duda acerca de cómo funcionamos tú y yo —dijo ella—, ¿debo suponer que cualquier cosa que veas u oigas queda entre ambos como un secreto de confesión o algo así?

—No soy cura, Adriana. No actúo de manera correcta porque Dios me lo ordena. —Adriana rió como una niña por su ocurrencia—. Pero me esfuerzo en ser una persona de fiar. La confianza es básica en nuestra relación e intentaré cuidarla.

—Entonces te invitaré a un café por placer y no para comprar tu silencio —bromeó, poniéndose en pie. Le gustaba trabajar con una taza al lado—. ¿Cómo lo quieres?

—Solo, con un vaso con hielo —contestó él, desabrochándose el primer botón de la camisa.

Adriana estaba segura de que si continuaban allí toda la mañana, acabaría medio asfixiado, puesto que, con su rectitud, sabía que no consentiría quedarse con el torso desnudo.

Una vez en la cocina, colocó en la Nespresso la cápsula capric-

cio, la única que le quedaba, y esperó a que se hiciera. Se sirvió una buena taza de leche, con una mancha de café e ingentes cantidades de sacarina, y la colocó en la bandeja junto al vaso con hielo, el azucarero y el café solo de Hugo.

De vuelta a la cubierta, malinterpretó la postura del escolta, al que vio sentado en el banco, inclinado sobre los planos. Pero no se debía a una inapropiada curiosidad mal disimulada, sino a que había cogido un bolígrafo y estaba apuntando algo en un folio en blanco, mientras sujetaba el móvil entre la oreja y el hombro. Para no molestarlo, y porque ella sí era un poco fisgona, se acercó, tratando de hacer el menor ruido posible.

—Un cadáver en la orilla, lo tengo. —Fue lo primero que oyó al situarse a su espalda—. ¿Sabéis el nombre de la chica? —preguntó Hugo a la persona que estaba al otro lado, como si fuese un experto en la materia—. ¿Debería sonarme? No tengo constancia de que exista ninguna Valeria Sierra...

La diversión de Adriana se acabó de golpe, como un barco que colisiona contra un iceberg y se va a pique. Notó que las manos le temblaban y derramaba el café hirviendo sobre las piernas de Hugo, que se levantó de golpe para protestar, pero se detuvo de repente al ver su palidez.

Hacía años que Adriana esperaba esa llamada, pero eso no mitigó el dolor y el vacío inmenso que la invadieron en ese momento.

—Te llamo en cinco minutos. —Colgó y, preocupado y confuso, le preguntó—: ¿Estás bien?

Ella negó con la cabeza. Le escocían los ojos, pero era incapaz de llorar. Enterarse de esa manera de la muerte de su hermana la había dejado sin palabras ni capacidad de reacción. No podía culpar a Hugo. Era imposible que él supiese de la existencia de su melliza. Nadie la mencionaba desde que, después de robar y empeñar las reliquias familiares, Valeria se marchó a buscar un paraíso en el que esnifar cada mañana al despertarse.

Recordó su último encuentro con ella, una tarde de abril de ha-

cía dos años en la que su melliza se salvó de morir ahogada, después de que el barco en el que viajaba se fuera a pique cerca de la isla de Sálvora, en la boca de la ría de Arousa, por un ajuste de cuentas.

—Querían enterrarme en una isla —fueron sus palabras, antes de huir de nuevo.

Esa vez se quedó en un susto, pero ahora era real. Valeria, su pack, como les gustaba llamarse, había alimentado peces en el Atlántico. Y nada ni nadie podrían consolar a Adriana de su pérdida.

Hugo custodió a Adriana por la casa, a pesar de que sabía que no era necesario, no había peligro. El motivo no era protegerla de una posible amenaza, sino de sí misma. Desde la mañana anterior, cuando se enteró de un modo desafortunado de la muerte de su hermana Valeria, la joven apenas había comido.

Él lo sabía a ciencia cierta, pues había estado con ella hasta que habían esparcido las cenizas de la fallecida en el mar, y había visto cómo poco a poco Adriana se marchitaba, el color desaparecía de su cara redonda, las ojeras ganaban terreno alrededor de sus grandes ojos grises y se convertía en un robot sin vida. Todo lo opuesto a lo que había apreciado de ella antes del suceso.

Todavía se reprochaba no haber tenido más tacto, aunque no era su culpa. Lo primero que había hecho al regresar a la estancia que le habían cedido en la finca de los Sierra fue revisar una y otra vez los expedientes familiares que le había entregado el Servicio de Protecciones Especiales del Cuerpo Nacional de Policía. En ninguno de esos documentos, repletos de nombres, datos y fotografías, hacían mención de la hermana melliza.

«Aun así deberías haberlo sabido. Investigar más a fondo la vida de Adriana», se reprendió. Él era muy eficaz y no se podía permitir un fallo de esas características.

Estar presente en un momento tan íntimo y trágico le había resultado incómodo. Sobre todo desde su forzada posición de no in-

tervenir ni mostrar empatía alguna. Como decía el manual, Hugo había permanecido a su lado, erguido, alerta, sin poder hacer nada más que decir un formal «Lo siento» cuando ella se había venido abajo mientras la acompañaba al tanatorio. Vestida con vaqueros y una camisa blanca, Adriana parecía más delgada, pequeña y vulnerable que de costumbre.

Se enteró de su destino cuando ella abrió la puerta del despacho del alcalde, Edelmiro Sierra. No le había dicho que la acompañase, pero tampoco se había molestado por que él la siguiese.

Edelmiro estaba apoyado en el escritorio de madera, sujetándose la cabeza entre las manos. Poco quedaba del hombre disciplinado que le había explicado sus funciones el primer día. Había desaparecido para ofrecer la imagen de un padre destrozado y desolado por el fallecimiento de su hija.

A su lado, junto a las tres estanterías que componían la biblioteca, se encontraba Elvira, la hermana mayor, una mujer fuerte, que había asumido el papel de gestionar la desgracia. Un rol bastante diferente al de la menor, Olivia, que había ido al funeral vestida con una falda que dejaba poco a la imaginación, un top ajustado y unos tacones imposibles, para pasarse todo el día whatsappeando con sus amigas por el móvil.

Por último, en un lateral estaba Rubén, el jefe del gabinete de prensa del partido político, paseando la mirada de uno a otro.

Hugo lo sabía todo sobre él. Lo había estudiado al detalle. Fecha de nacimiento, notas en el instituto, multas por botellón durante la universidad y acceso a su empleo y puesto. Era un hombre de unos treinta y cinco años, moreno, alto, delgado y con aspecto cuidado y elegante, y en esos momentos estaba hablando.

—Ha sido a pequeña escala. Mucho menor que la operación en la ría —dijo con voz grave—. Dos detenidos, un padre y su hijo.

—¿Qué han intervenido durante el registro? —preguntó Elvira, tras esperar unos segundos y asegurarse de que su padre no iba a decir nada, tal vez porque no le salía la voz.

—Mil cuatrocientos cartones de tabaco, seiscientos gramos de cocaína, una envasadora al vacío, teléfonos móviles, varias balanzas de embalaje y distribución de la droga, dos vehículos, una prensa artesanal y dos mil seiscientos ochenta euros en efectivo —recitó Rubén, leyendo las notas que había tomado en su pequeño cuaderno.

Adriana tomó aire antes de explotar y arrasar con todo.

—¿De verdad no tenéis otra cosa que hacer o pensar que en la desactivación de un punto de cocaína a pequeños camellos?

—También ha habido una reyerta entre bandas rivales con cuatro heridos. Dos de ellos permanecen muy graves en el hospital... —añadió Rubén con voz calmada.

Hugo notó que no pretendía ofender a la chica durante su duelo, sino explicarle la importancia de la situación.

—¡No me importa! Hace menos de una hora que hemos tirado las cenizas de Valeria. Un poco de respeto, por favor. Por lo menos esta noche se merece ser la protagonista de nuestros pensamientos.

Hugo se percató de que Adriana arrugaba la nariz y se ponía roja como la sangre que mana de una herida cuando estaba molesta.

—No seas injusta. Tenemos una responsabilidad con el pueblo gallego... —dijo Elvira, con una mirada que censuraba la actitud de su hermana.

—Si me haces el favor —replicó ésta—, los discursos los dejas para los mítines. El tema aquí es que Valeria acaba de morir y tú estás más preocupada por dar la cara para no perder votos que en lamentar que acabas de perder a un miembro de nuestra maldita familia. —El pecho le subía y bajaba como si se le fuera a salir el corazón.

—Adriana, cálmate, Elvira sólo trata de hacer lo correcto —intervino Edelmiro para zanjar la discusión de sus hijas, levantando la cabeza y dándose un masaje en la sien, sin apartar la vista de una fotografía familiar que tenía encima del escritorio.

Adriana se mordió el labio, seguramente para no decir algo de lo que podría arrepentirse después, mientras su padre, que parecía que se hubiese echado quince años encima, se ponía en pie.

—Estoy agotado. Necesito dormir. ¿Puedes hacerte cargo de la situación, Elvira?

—Por supuesto. Redactaré con Rubén la nota de prensa y, si te parece bien, mañana puedo hablar con los medios en tu lugar.

Pese a que no la conocía, Hugo se percató de que ella era la mente que, desde la sombra, daba voz a las ideas y discursos que encumbraban una y otra vez a Edelmiro hasta el poder.

—No, iré yo. Prefiero mantener la mente ocupada.

Elvira asintió conforme, pero no pudo esconder su gesto de decepción y un sutil chasquido de lengua. Tal vez ya se hubiera cansado de su discreto segundo plano y quisiera dar el salto para convertirse en protagonista.

Edelmiro se acercó a Adriana.

—Que no lo haya dicho ni llore no cambia el hecho de que hoy sea el peor día de mi vida, pequeña. —Le dio un beso en la coronilla—. Tú también deberías descansar y coger fuerzas para enfrentarte a un mañana en el que, sin previo aviso, recordarás su mirada y sentirás cómo te derrumbas.

Adriana asintió con los ojos vidriosos y salió detrás de su padre. Cada uno cogió una dirección y Hugo se tomó la licencia de custodiar a la mujer hasta su habitación, como si fuera un fantasma invisible que velara por ella. El policía que había sido una vez, el que se enfrentaba a operaciones importantes que terminaban con un comando desarticulado, decenas de detenidos y una medalla nueva para su uniforme, deseaba haberse quedado en el despacho. Pero su vida había cambiado en poco tiempo, y ahora se veía relegado a ese papel, y pretendía desempeñarlo lo mejor posible.

Adriana se detuvo en la puerta de su habitación y, sin mirarlo, dijo con una voz que se iba rompiendo con cada palabra que pronunciaba:

—Gracias por acompañarme. Saber que estabas ahí para recogerme, ha evitado que me cayese.

Sin darle opción a responder, se metió en el cuarto y cerró la puerta.

Hugo se dirigió directo a su dormitorio. La estancia era amplia, con pocos muebles, una cama de matrimonio, armario empotrado, mesilla de noche y escritorio. Todo de la última colección de Ikea.

Estaba muy cansado, llevaba muchas horas despierto y notaba cómo la vista se le empezaba a nublar. Pero no podía dormir. Ése era uno de los malos hábitos que había adquirido después de años descansando de manera intermitente, esperando siempre una llamada que lo obligase a levantarse, coger la pequeña maleta que siempre tenía lista y marcharse al aeropuerto sin saber el tiempo que estaría fuera ni su destino, y sin la posibilidad de avisar a ninguno de los suyos.

Una vez se puso cómodo, con unos pantalones cortos de su etapa en la academia y una camiseta blanca de manga corta, se sentó encima del colchón y sacó el ordenador para acceder al centro de coordinación operativo. Descargó todos los documentos que encontró de escoltas que habían cometido errores en sus servicios, y delitos que podían afectar a sus clientes, asesinatos, secuestros y atentados, para analizarlos una y otra vez con el objetivo de evitar que se produjesen con su protegida, hasta que, agotado física y mentalmente, no tuviera más remedio que ceder ante el sueño.

Estaba totalmente sumido en la lectura de los expedientes de delincuentes habituales, para ser una ciudad que rondaban los cuarenta mil habitantes, había demasiados nombres que aprender, cuando sonaron dos golpes secos en su puerta. Hugo no esperaba visita.

—¿Quién es? —preguntó, abriendo la puerta, no sin antes coger su pistola.

—Eres demasiado paranoico, ¿no? —le saludó Lucas, el escolta de Olivia, un chico de no más de veinte años que se acababa de graduar y todavía lo veía todo como un juego.